

CÉLINE ORAL

L. F. CÉLINE

CÉLINE ORAL

(Louis-Ferdinand Céline y la actualidad literaria. 1932-1961)

Traducción de Carlos Manzano



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Cahiers 1 et 2*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far
Imagen de la cubierta: fotografía de Céline en 1932



«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura».

Primera edición: marzo de 2026

© Éditions Gallimard, París, 1976; nouvelle edition, 1993

© de la traducción: Carlos Manzano, 2026

© de la presente edición: Edhasa, 2026

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1175-4

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Dep.Leg.: B 2983-2026

Impreso en España

PRIMERA PARTE

1932-1957

Céline y la actualidad literaria

Textos reunidos y presentados por
Jean-Pierre Dauphin y Henri Godard

Introducción

Desde el fin del siglo XIX y sobre todo en el período de entreguerras, el desarrollo de un periodismo literario ofreció al escritor un medio nuevo de comunicación con el público. Junto a su obra editada en volúmenes, los artículos que mandó a periódicos y las respuestas que dio en entrevistas le permitieron dirigirse a un público más amplio que el de sus lectores y como en otra longitud de onda. Ya se tratara de escritos firmados, pero de inmediato considerados marginales por haberse confiado a dicho medio de difusión efímero, o de declaraciones recopiladas, cuya responsabilidad total no aseguraba el escritor, ya que el periodista siempre podía haberlas deformado, esos textos acompañan a la obra, tanto más constante cuanto más célebre sea el escritor. Intervienen en la formación de la imagen que el público va creando poco a poco de él. Modifican la relación que establece entre ellos la obra publicada y desplazan su centro de gravedad. Las entrevistas radiodifundidas y sobre todo televisadas, junto con la prensa escrita, no han cesado de amplificar ese fenómeno en estos veinte últimos años, por lo que es probable que cada vez haya una mayor tentación de añadir, a aquellas de las obras que siguen interesando con el paso del tiempo, las opiniones paralelas difundidas por la prensa, tanto la escrita como la audiovisual. Por lo demás, más de un autor lo hace ya por sí mismo.

Con el ejemplo de Céline se distinguen bastante bien las modalidades principales de esa actitud. La primera es el comentario de la obra misma. Lo que el escritor hacía en el pasado en prefacios: dar a entender lo que había querido decir en el libro que publicaba e incluso las condiciones en las que lo escribió, prevenir los malentendidos y afirmar sus principios y sus fines, pasó a hacerlo la mayoría de las veces en entrevistas ofrecidas

en el momento de la publicación. Éstas presentaban la ventaja frente a los prefacios de dirigirse a un público potencial mayor y, por tanto, de atraer a nuevos lectores y no sólo orientar la lectura de aquellos que ya llevaban el libro en la mano. Las entrevistas contemporáneas de *Viaje al fin de la noche*, de *De un castillo a otro* y de *Norte* desempeñaron esa función y resulta significativo que los dos únicos prefacios de cierta extensión que escribió Céline correspondieran a épocas (primavera de 1944 en el caso de *Guignol's band* I, 1949, es decir, el exilio en Dinamarca, en el caso de la reedición del *Viaje*) en las que no tenía la posibilidad de expresarse mediante la prensa. Los textos reunidos en este volumen constituyen una gran parte de las declaraciones de Céline sobre la literatura, sobre la novela y sobre lo que él mismo pretendía realizar. Se refieren en particular a las de los últimos años, en las que la práctica novelesca llevó a su mayor madurez y mayor conciencia todos los aspectos de la reflexión, discontinua pero coherente y sólida, de Céline sobre su arte. Junto con las confidencias de algunas cartas privadas, son el complemento indispensable y a veces la prolongación o la profundización de las Conversaciones con el profesor Y.

Por otra parte, al transformar al escritor en una personalidad, la prensa lo incitó a expresar su opinión sobre asuntos de actualidad de lo más diversos. La propensión didáctica y profética de Céline tuvo muy pronto la oportunidad de expresarse en esas intervenciones periodísticas. Aparte incluso de en los textos directamente políticos, no hay ninguna entrevista en la que no se salga del campo de la literatura para ofrecer su manera de ver asuntos generales. Ya sean posiciones concretas o «filosofía» de la vida, del hombre o de la historia, las entrevistas no cesaron tampoco de acompañar, aunque de forma diferente, la obra publicada: se hacían eco para decir con frecuencia las mismas cosas, pero con otro registro, es decir, sin el trabajo propio de la escritura. El conjunto de las entrevistas proporcionó un término de comparación a todos los esfuerzos hechos para calibrar el papel y el lugar de la ideología en los libros publicados.

También ofrecía al escritor una presencia física: presencia de un cuerpo, un traje, una mirada, una voz, por no hablar de las entrevistas radio-difundidas y televisadas, incluidas las de la prensa escrita, porque comienzan siempre por una evocación del escritor y del marco en el que vive y después se esfuerzan por transcribir su expresión y su pronunciación, aca-

ban haciendo en cierta medida ver y entender a quien antes era sólo un fantasma. Gracias a ellas e incluso cuando no son sonoras ni ilustradas, Céline cesó de ser ese personaje sin rostro y sin voz y nuestra reciente experiencia de la televisión nos ha mostrado cuál podía ser la importancia de dicha imagen que se sobreimprime en la página mientras leemos.

De esas relaciones con los periodistas como del resto de su experiencia, Céline dio en varias novelas (y, por otra parte, en las Conversaciones con el profesor Y) una imagen que constituye una parte importante de su universo. El profesor Y, los entrevistadores que asedian a Céline, en persona o por teléfono, en las primeras páginas de Rigodón, los que en Norte fueron a grabar una secuencia para la televisión, todos se convirtieron en personajes: «Vinieron, así lo quisieron, me miraron, ¡huyeron espantados...! con todo su material descacharrado y todas sus películas veladas...!»¹ Los textos reunidos en este Cuaderno persuadirán, si fuera necesario, de que a ese respecto no hay excepción al principio que rige de punta a punta el paso de la biografía a la obra novelesca. En la época del Viaje y en los años siguientes las relaciones de Céline con la prensa fueron totalmente normales. Ciertamente no aprovechó tanto como otros su notoriedad para publicar en los periódicos: entre el libro y la letra, no atiende, salvo alguna excepción, el formato y el estatuto intermediario del artículo de prensa, pero respondió de buena gana en las entrevistas y en las encuestas y en alguna ocasión tomó la iniciativa de escribir a los periodistas. Aquellas relaciones quedaron naturalmente modificadas por los panfletos y las posiciones adoptadas durante la guerra. Cuando Céline volvió del exilio, la prensa nacida durante la Liberación comenzó haciéndole caso omiso durante mucho tiempo y más adelante sólo empezó a interesarse de nuevo por él sobre un fondo de hostilidad que matizaría poco a poco el reconocimiento de las cualidades de escritor y la admiración personal de ciertos periodistas. Las entrevistas en el domicilio de Meudon adoptaron en cierta medida un rito o una escenografía. El decorado (domicilio deteriorado, jardín destrozado, molosos muy ladradores) y la indumentaria de Céline influyeron mucho al respecto, pero también el personaje que él adoptó, más o menos según el entrevistador, en una medida difícil de evaluar. El visi-

1 Pág. 4: *Romans II*, Bibliothèque de la Pléiade, pág. 543.

tante, espantado a su llegada por la jauría, después desconcertado por el aspecto de la habitación en que se lo introducía, a veces intimidado, formulaba sus preguntas, pero sin hacer jamás otra cosa que seguir el monólogo desencadenado y que acarreaba indistintamente las confidencias, las ideas nuevas o sugestivas y las declaraciones más repetidas y que a veces eran más afectadas que sinceras. Céline no renunció a la provocación, diciendo lo que sabía, que con más seguridad haría reaccionar a su interlocutor y a veces lo reconoció. Las entrevistas celinianas de estos últimos años, situadas en el mismo marco y con el mismo personaje que las novelas, siguen conservando algo así como un juego, al tiempo que revelan destellos de otro Céline.

En estos dos primeros Cahiers se reunirán todos aquellos textos de Céline aparecidos en los periódicos de 1932 a 1961 que se nos ha autorizado a reeditar. El primero abarca desde las primeras entrevistas suscitadas por el Viaje en noviembre de 1932 hasta el comienzo de 1957. El segundo abarcará desde la publicación en junio de 1957 de De un castillo a otro hasta la muerte de Céline. Es evidente que las manifestaciones de Céline en la prensa de su época no se limitaron a las cuestiones de orden literario o general aquí evocadas. A partir de 1937, cuando los periodistas acudieron a interrogarlo o cuando él mismo les escribió, versaron casi siempre sobre asuntos políticos y conforme a la posición que adoptó en los panfletos. Cuando aparecieron en estas entrevistas y en estas cartas, ya sólo se abordaron desde esa perspectiva la literatura y los escritores. Ésa es la razón por la que el período de 1937-1944, que es el de esa movilización, y después el siguiente, en el que en la vida de Céline dominaron sus consecuencias, sólo están representados aquí por unos textos dispersos. Los textos de carácter político que datan de aquellos años y que constituyen un conjunto comparable en volumen a éste,¹ lo completarán cuando se autorice su publicación.

Además de los textos aparecidos en los periódicos (incluso los que tenían otro origen, como el Homenaje a Zola o las páginas sobre Bezons),

1 *Céline et l'Actualité politique (1933-1960)* agrupa diez textos, cinco respuestas a encuestas, quince entrevistas, cinco declaraciones y comentarios recopilados y treinta y tres cartas que se hicieron públicas.

se han reproducido aquí, por una parte, las entrevistas orales (difundidas ya fuera por la radio o por discos) y televisadas y, por otra, declaraciones recogidas por periodistas y publicadas por ellos posteriormente. Se han presentado todos en el orden cronológico de su aparición, salvo los casos en que dicha aparición estaba alejada de la propia entrevista; en ese caso el texto figura en la fecha de ésta, pues se precisa, naturalmente, la fecha de publicación. En cada período, los textos de presentación se esfuerzan por remediar lo que la pura cronología tiene de desconcertante indicando los principales centros de interés y los textos que se refieren a ellos. Entre algunos de dichos textos, se encontrarán citadas frases aisladas y menores que aparecieron en la prensa del mismo período. Las palabras de Céline se han reproducido íntegramente, pese a sus repeticiones en ciertas épocas; hemos preferido correr el riesgo de la monotonía que puede producirse más que el de la arbitrariedad de las supresiones. En cambio, se han aligerado las descripciones y las evocaciones que suelen preceder a la propia entrevista y que son inevitablemente poco variadas.¹ En la transcripción de los cinco registros hemos procurado ofrecer, sin obligarnos a anotar todas las vacilaciones, exclamaciones, etcétera, que sobrecargan y aminoran el avance de Céline, un texto que, aun conservando su carácter oral, se mantenga legible. Hemos limitado lo más posible, renunciando en particular a ofrecer la referencia de las citas o alusiones que hace Céline y rectificar las aproximaciones o errores de sus palabras en materia biográfica. El objeto de esta recopilación es el de reconstituir esa otra palabra celiniana que, desde la publicación del *Viaje* hasta los días en que acaba *Rigodón*, constituyen un contrapunto de la de las obras publicadas.

Marzo de 1976

1 De igual forma se han abreviado algunas veces los comentarios de los entrevistadores. Son esos cortes los señalados en los textos por los corchetes [...].

I

LA PUBLICACIÓN DE
VIAJE AL FIN DE LA NOCHE
Y EL INCIDENTE DEL PREMIO GONCOURT
(Noviembre de 1932 – marzo de 1933)

Si Céline había pensado en colocar su persona y su actividad profesional al abrigo de la exhibición en la prensa, bajo la cobertura del pseudónimo y mediante determinadas precauciones, al final quedó decepcionado. Con algún retraso respecto de la llegada de la novela a las librerías el 5 de octubre de 1932, las reseñas se multiplicaron y la vivacidad de las reacciones a favor o en contra que manifestaban no podían impedir que la curiosidad de la obra afectara a su autor. El 7 de noviembre, un periodista de Paris-Soir «descubrió» a Céline (n.º 1). Desde aquel primer comentario público que Céline hizo del Viaje convendrá no olvidar, además de la mezcla de verdad y error en las indicaciones biográficas que seguiría siendo la regla en todas las entrevistas, la insistencia con que presentaba como tema de la novela la «misericordia humana» (esta palabra reaparece cinco o seis veces) y, por lo que se refiere a la lengua, una afirmación que se mantiene ambigua en su contexto («he escrito tal como hablo»), pero que seguiría contando en todos los ejercicios y todos los éxitos por venir: «Esta lengua es mi instrumento».

Unas semanas después, Céline fue, tras una reunión preparatoria del jurado del Goncourt, el laureado oficialmente designado del premio. Max Descaves, bien situado para saberlo, puesto que era el hijo de Lucien Descaves, quien se había mostrado como paladín de Céline en el jurado, fue a verlo a su dispensario, asistió a la consulta y en un artículo en la mañana misma del día en que se debía conceder el premio (n.º 2), ofreció, sin nombrarlo aún, la primera imagen del doctor Destouches ante sus enfermos.

En el momento del escrutinio, un cambio brusco de varios miembros del jurado privó a Céline del premio Goncourt, lo que provocó un arran-

que de cólera de Lucien Descaves, cuyas declaraciones provocaron un escándalo. Céline recibió el premio Renaudot y su editor ofreció una recepción en su honor; los periodistas consiguieron recoger más o menos bien algunas palabras que transmitirían en sus artículos. En la prensa de los días siguientes figurarían aún otras palabras aisladas, pero también tres entrevistas. La primera, hecha en el dispensario por Merry Bormberger (nº 3), contiene declaraciones interesantes sobre el Viaje, cuya autenticidad atestiguaron las menciones de los tres «maestros» que Céline reconoció como suyos. La segunda, la de Paul Vialar (nº 4) nos introdujo por primera vez en el piso de la rue Lepic (¿y cómo la evocación de pasada de «la portera de pelo blanco» no habría de hacernos pensar en la muerte de la señora Bérange, en la primera página de Muerte a crédito?) La tercera (nº 5) correspondió a Monde, el semanario de Barbusse, por parte del periodista que hizo, al final de octubre, la primera crítica muy favorable del Viaje, Georges Altman, quien pasó a ser hasta 1937 un amigo de Céline. Él fue quien, en el retrato que hizo, describió mejor el sentimiento de una presencia y a quien Céline ofreció las respuestas más profundas («Lo esencial en la literatura es plantear una cuestión» — «El Viaje es una novela, pero no es una historia, de personajes verdaderos. Son más bien fantasmas»).

En los primeros meses de 1933, el ruido que siguió haciendo el Viaje y el escándalo del Goncourt siguieron dirigiendo hacia Céline la atención de numerosos periodistas. Un luxemburgués, Victor Molitor, fue a verlo en la rue Lepic (nº 6). Dos periodistas parisinos que lo conocieron en aquella época no publicaron una entrevista, pero anotaron sus palabras en su diario y más adelante las publicaron. Nos ofrecen, tomadas con unos días de intervalo (16 y 22 de febrero de 1933), dos imágenes bastante diferentes de Céline. Élisabeth Porquerol (nº 7) era una joven periodista que había publicado en Crapouillot un artículo favorable al Viaje. Tras un intercambio de cartas, Céline fue a verla en su casa y, en privado, habló abundantemente. Robert de Saint-Jean (nº 8) conoció a Céline en un medio literario en la casa de Daniel Halévy. Del mismo modo que con Élisabeth Porquerol, pero en otro plano, la calidad de los presentes (entre ellos Bernanos) contribuyó a que Céline expresara fórmulas y metáforas en las que reflejó lo esencial. Por último, un

texto coronó aquel conjunto de declaraciones. Es el artículo que Céline publicó excepcionalmente en Candide el 16 de marzo (nº9), texto difícil, inconexo, metafórico también casi de principio a fin, que atestigua el sentimiento ciego, pero intensísimo y muy seguro, que tenía Céline de lo que quería alcanzar.

1. Entrevista con Pierre-Jean Launay (*Paris-Soir*)¹

Cuando un autor se oculta tan cuidadosamente como Louis-Ferdinand Céline, la entrevista se convierte en un deporte. Para llegar a conocer el verdadero nombre de este escritor, su domicilio (en el que, por lo demás, nunca está) y para por fin sorprenderlo en plena ocupación, he tenido que emplear artimañas de sioux.

Yo temía, de un hombre semejante, una gran desilusión. ¿Qué había de ser ese rebelde que, a lo largo de 600 páginas, nos despliega las peores miserias de nuestra sociedad? Por fortuna, es el hombre propio de su libro.

—Puesto que me ha encontrado usted, no voy a tener la crueldad de no atenderlo, ¡que le vamos a hacer!, pero es usted el primer periodista que me ha descubierto y será el último, porque mañana salgo de viaje.

Entonces tuve que prometer que no revelaría nada de la personalidad de Céline y lo siento.

—¿Qué importa mi libro? No es literatura. Entonces, ¿qué? Es la vida tal como se presenta. La miseria humana me trastorna, ya sea física o moral. Es verdad que siempre ha existido, pero en tiempos se ofrecía a un Dios, cualquiera de ellos. Ahora en el mundo hay millo-

1 Se han agrupado todas las referencias bibliográficas de los textos de Céline (incluidas las de frases aisladas que figuran en nuestro comentario) en una nota final. Aparecen bajo el número de la página que da el título o el comienzo de la cita.

nes de miserables y su desamparo no va a ninguna parte. Por lo demás, la nuestra es una época de miseria sin arte: es lamentable. El hombre está desnudo, despojado de todo, incluso de su propia fe. Eso es mi libro.

Y Céline me describió durante un buen rato algunas de las miserias y cobardías que presencia cotidianamente, pero me obsesiona una cuestión, pues asocio su nombre con los de Vallès y Léon Bloy.

—¿Por qué ha escrito usted *Viaje al fin de la noche* con una lengua tan voluntariamente arrabalera?

—¡Voluntariamente! ¿También usted? Es falso, he escrito como hablo. Esa lengua es mi instrumento. Usted no impediría a un gran músico que tocara un cornetín. Bueno, pues, yo toco el cornetín y, además, soy del pueblo, del de verdad... He hecho todos mis estudios secundarios y los dos primeros años de mis estudios superiores trabajando de repartidor para un tendero.

»Las palabras están muertas, diez de cada doce son inertes. Con eso se hace más muerte que la propia muerte.

»Y, además, la literatura importa poco junto a la miseria que nos asfixia. Todos ellos se detestan... ¡Ojalá supieran amarse!»

Los ojos de Céline expresan tal tristeza, que no he podido preguntarle nada más.

En el umbral vuelve a recomendarme:

—Déjeme en la sombra. Ni siquiera mi madre sabe que he escrito ese libro, es algo que no se hace en nuestra familia.

2. Entrevista con Max Descaves I (*Paris-Midi*)

Los «Diez», el jurado completo, se reunirán a mediodía, en su restaurante habitual de la place Gaillon, para conceder el premio Goncourt.

Entre los candidatos, hay uno, Louis-Ferdinand Céline, que va a despertar tanta más atención de los informadores cuanto que hasta la publicación de su libro (*Viaje al fin de la noche*) era totalmente desconocido, tanto de las personas de letras como de los perio-

distas y del público. Nuestro eminente colaborador Noël Sabord ha sido uno de los primeros en dedicar unas líneas elogiosas a la novela de Ferdinand Céline. Así, pues, no voy a tener la presunción de hablar al respecto después de él, pero, como he tenido la fortuna de acercarme recientemente a este autor desconocido, no quiero guardar para mí sólo la fuerte impresión que me ha causado; no todos los días tiene uno la oportunidad de conocer un carácter de semejante temple.

Aunque no haya dejado de conservar el anonimato para su personalidad, Ferdinand Céline no ha podido ocultar durante mucho tiempo que ese seudónimo literario disimulaba la identidad de un médico consultor que ejerce su profesión en un dispensario municipal de la barriada occidental, abierto a la miseria y a los sufrimientos humanos.

A esa abra de dolores he ido a visitarlo. Lo he sorprendido en el marco y el ambiente, cargados de enseñanzas, en que ejerce desde hace varios años.

—¡Ya lo veo venir a usted...! No ha sido para consultarme por lo que ha recorrido París, ¡con lo maqueado que va...! Viene usted a entrevistarme... Bueno, pues, amiguito, ¡todo menos eso...! ¡Es inútil! No es asunto mío.

—No es al médico a quien vengo a ver, sino que he acudido a interrogar al hombre de letras.

—¡Qué bien lo ha dicho usted!

—El hombre, si lo prefiere usted.

—Mirándolo bien, sí, me gusta más así... pero, ¿qué quiere usted que diga el hombre...? ¿Eh...? Lo tiene usted delante de sus ojos. ¡Mire, juzgue, aprecie, piense...! No molesta usted. Todo eso no tiene importancia. No verá usted nunca tantos hombres como yo, en un día... ¡Y qué hombres...! Y, además, mujeres también, chavalines, ¡en fin, todo! ¡Ah! ¡Qué oficio! Es aquí, en este dispensario, donde se ejerce la verdadera medicina, ¡con los pobres, los trabajadores!

—Lo comprendo muy bien..., pero hágale de su libro.

—Bueno, pues, lo he escrito, eso es todo. Representa seis años de currelo, a razón de cuatro horas al día. Cincuenta mil páginas ma-

nuscritas, diez mil francos de mecanografía... ¡El resto, señor mío, son camelos!

—El doctor (pongamos Céline, aunque éste aprecia esencialmente la separación de poderes), me ha pedido que me siente.

—Póngase aquí... Va a asistir usted a la consulta, en la medida, claro está, en que el secreto profesional me lo permite.

El consultorio tiene tres metros por cuatro, más o menos. Un escritorio, un «quirófano», un medidor, un aparato de alta frecuencia y qué sé yo qué más, componen la instalación de una clínica que no deja nada que desear ni al médico ni a los enfermos.

—Compruebo con placer —le digo yo— que el municipio ha hecho muy bien las cosas. Es un dispensario modélico.

—¡Impecable! ¡Impecable!

El doctor Céline se apresura a ponerse una chaqueta blanca.

Tres puertecitas atraen mis miradas. Están uniformemente tapiadas con un moleskín verde, fijado con clavos dorados, como los que se suelen ver en el despacho de los notarios. Las tres puertas están coronadas por bombillas eléctricas de colores diferentes, que luego se encenderán alternativamente.

—¿Le intriga a usted eso? El paciente está detrás, en una cabina donde deja la chaqueta o la blusa, según el sexo. Mire, voy a pulsar uno de los tres botones para avisar a uno de ellos que ha llegado su turno.

Una de las tres puertas se abre y deja pasar a una joven.

—Acércate, muchachita, este señor es un colega. ¿Cómo te encuentras, muchachita?

—Toso... No tengo apetito.

—¡Ah! ¡Pobrecita! Has perdido el apetito... Vamos a ver, muchachita... Respira, respira bien.

La muchachita suelta, concienzudamente, suspiros profundos.

—No es nada, ¡venga! Un poco de bronquitis, unos días de reposo, con calor... Mira, muchachita, tomarás estas píldoras tres veces al día y dentro de ocho días vienes a verme... ¿Curada, eh? ¡El siguiente!

Continúa la sesión. El doctor pulsa un botón y veo la sucesión: una mujer de unos cuarenta años baldada por el reumatismo;

un taxista que «siente vinagre en el gaznate»; una vieja tartana dice el doctor, es decir, un pobre sexagenario hirsuto y velludo como un muflón, que avanza cojeando un poco y gira entre sus dedos, deformados por la gota, la gorra de la que no se ha separado al entrar.

—A ver, jefe, ¿qué es lo que no funciona?

—Ya nada funciona.

El enfermo explica y el doctor prescribe. Continúa la consulta. Los enfermos salen de las tres cabinas, como el toro del toril, pero en la plaza esta vez alguien los espera, no para abatirlos, sino, al contrario, para volver a ponerlos de pie.

Tengo la impresión de que el doctor Céline es muy apreciado por su clientela de paso, no sólo por la seguridad de su diagnóstico, sino también por la «amistad» con la que prodiga sus atenciones, pero ésa no es una razón para que yo me vaya así, sin haber alcanzado el objeto de mi visita. Vuelvo a la carga y pregunto tímidamente:

—¿Cree usted que su libro *Viaje al fin de la noche*, del que se habla mucho en todos los ambientes, tiene alguna posibilidad de obtener el premio Goncourt?

—No tengo la menor idea.

—¿No ha llegado hasta sus oídos ningún eco de los «Diez»?

—Yo he conocido por casualidad a dos de esos señores. Han sido muy amables.

—¿Y nada más?

—Me han dicho que mi libro no les desagradaba y se acabó.

—¿Ha vivido usted todos los recuerdos de *Viaje al fin de la noche*?

—Si se lo preguntan a usted, diga que no sabe nada.

—¿Se considera usted partidario de la nueva escuela, el populismo?

—¡Ah, no, por favor, nada de patrañas! Me horrorizan las escuelas y no quiero ser ni jefe ni soldado de nada. He escrito un libro; es bueno o es malo, cuestión de apreciación... Es como los alimentos crudos que, tal vez se haya dicho ya, los *gourmets* no digerirán bien... Bueno, pues, estarán justificados al pedir una infusión.

Tras esas palabras, dejo al doctor Céline con sus enfermos.

Tal vez debería yo haber comenzado diciendo que es un hombre de unos treinta y cinco años, robusto, con buen humor y al que trae sin cuidado tanto la urbanidad como un sombrero al salir.

Signo particular: no lleva la condecoración de la Medalla Militar, que obtuvo por su conducta durante la guerra y la herida de la que no habla.

Otra cuestión de apreciación sin duda.¹

En los cotidianos de los días siguientes, cuatro artículos cortos evocaban la recepción dada en honor de Céline en las oficinas de las ediciones Denoël. Las imágenes de Céline que encontramos en ellos están en parte superpuestas: «No es un literato», escribe Stéphane Manner.² Se podría definirlo diciendo de él que es «un hombre curioso». Un rostro apuesto con músculos potentes, una frente que nos obstinamos en contemplar, y una mirada directa, molesto por las felicitaciones, las marcas de simpatía». Gaston Picard se hace eco: «Un hombre alto que se ríe con una risa semejante al que corre, explota, se mueve formidable —y amargamente— en el tren de las seiscientas y pico páginas de Viaje al fin de la noche, ni pizca de literato. Un chavalote natural, de una inteligencia desbordante de saber, pero que oculta todo bajo una guasa torrencial».³

Durante aquella velada, mientras que un periodista anónimo⁴ queda impresionado por la «dignidad» con la que Céline soporta la decep-

1 En la *Orientation médicale* de enero de 1933, págs. 22-23, Max Descaves publicaría un segundo artículo sobre Céline titulado «Prix littéraire – Louis-Ferdinand Céline, doctor Destouches». Las palabras de Céline que figuran en él son las citadas por Merry Bromberger (véase el texto n° 3). Al final del artículo señalaba la tesis del doctor Destouches («Los médicos bibliófilos son bastante numerosos para agotar la edición de la tesis cuya existencia les señalamos. Debe acompañar en su biblioteca *Viaje al fin de la noche*, ya difícil de encontrar, a su vez, en la edición original»).

2 *Paris-Soir* del 10 de diciembre de 1932.

3 *Lectures du Soir* del 10 de diciembre de 1932. Gaston Picard era miembro del jurado Renaudot y, al llegar, había anunciado a Céline que no había votado por él. Más tarde en la velada, Céline se burlaría: «¡Ese cabrón de Picard que ha votado contra mí! Me considera un... ¡Y me lo ha dicho! Llama a eso tener valor. ¡Ah! ¡Será cerdo!».

4 Seguramente Robert Dieudonné, en *Le Petit Journal* del 8 de diciembre de 1932.

ción, Gaston Picard insiste en su risa ruidosa, e incluso provocadora, que sitúa entre sus interlocutores y él: «Bromea, atruena: una forma de apartar todo lo que tenga que ver con las alabanzas tanto de su obra como de él». ¹ En un artículo anónimo, de tono hostil, un gacetillero de *Je suis partout* dejó constancia de una «ebriedad» de Céline, que provocó al parecer una «excentricidad suplementaria» y citó (?) unas palabras de una vulgaridad afectada. ²

En cuanto a sus proyectos, Céline anunció ya una novela comenzada «pero que no quedará terminada antes de cinco o seis años». ³ En cambio, afirma su intención (que desmentiría excepcionalmente en el mes de marzo del año siguiente) de no escribir ningún artículo de prensa: «¡A ver! ¿Acaso sabría yo hacer un artículo?». ⁴

Además de esa actualidad inmediata, encontraremos aún por aquí o por allá declaraciones atribuidas a Céline, no siempre convincentes ni interesantes. ⁵ Sin embargo, algunos restituyen indiscutiblemente la voz celineana, como la respuesta que dio a un amigo que le decía: «Bueno, pues, de todos modos tu cara aparece en los periódicos»: Noto que me estoy volviendo idiota. ⁶ Igualmente la carta enviada a una desconocida que lo había invitado a cenar.

1 Artículo citado.

2 «Ha sido una pena. Yo que me había puesto una bonita camisa limpia y además una corbata blanca... Bueno pues, m..., señores, eso les demuestra hasta qué punto soy... como la Luna. Y, además, me quedo con el pueblo, vamos». «¿Dictador yo? ¡Ah! ¡Vamos, hombre...! Lo que haría falta es una solterona con mucho dinero. Entonces yo la dictadoraría». (*Je suis partout* del 10 de diciembre de 1932).

3 R. Dieudonné, artículo citado. Se repitió esa afirmación en un comentario de *Panurge* del 23 de diciembre de 1932: «No volverán ustedes a oír hablar de mí hasta dentro de cinco años... El tiempo para terminar mi próxima novela».

4 Gaston Picard, artículo citado.

5 «Los médicos se equivocan tan a menudo en sus diagnósticos, que los diagnósticos de literatos pueden estar también en... tela de juicio». *Panurge* del 16 de diciembre de 1932).

«¡La gloria! Sí, La gloria durante quince días y después será el verdadero viaje al fin de la noche». (*Voilà* del 17 de diciembre de 1932).

6 Esa respuesta figura en substancia transmitida por Cacambo en *Candide* del 12 de enero de 1933. Ese texto se publicaría en *Paris-Soir* del 20 de mayo de 1936.

Señora:

Un principio mío es el de no aceptar esa clase de invitaciones. Lo lamento tanto más cuanto que vive usted en el barrio de los Estados Unidos y yo habría sentido emoción al volver a esos barrios por los que anduve durante tres años como mozo repartidor.¹

Entrevista con Merry Bromberger (*L'Intransigent*)

La calle del dispensario sigue buscando su alma por los descampados. La masa titánica y desolada de edificios baratos empequeñece la clínica popular construida a sus pies con los mismos ladrillos helados.

El placer, el dolor, el odio, que hinchán de vida y de luz por la noche ese armazón gigantesco, supuran hasta el edificio bajo con cristales esmerilados.

La gran avenida que pasa justo al lado arrastra hacia él como un ancho arroyo las miserias que rezuman revueltas en esta barriada.

El que está allí para aliviarlas es un muchacho alto y rudamente fornido, con el mechón en desorden, y facciones plebeyas, enfundado en una bata blanca.

Su nombre importa poco; el de esta región suburbana tampoco. Yo he venido aquí a buscar al que se oculta, el Sr. Céline, ¡autor de *Viaje al fin de la noche*!

Un libro desconcertante, chocante, brutal. Un alarido en una noche de barrio. Un loco, Bardamu, que cuenta su historia o, mejor dicho, a través de la suya la de su amigo Robinson: un hombre que no ha visto en la guerra otra cosa que una atrocidad, que ha desertado, al que en África en un puesto imposible, borracho de fiebre, han vendido sus negros, se ha trasladado a América en una galera de delirio, vuelve a Francia, maquina un asesinato, encuentra allí la muerte, la esquiva, explota momias en la tumba de una catedral, va a casarse, ser feliz, vuelve a marcharse y acaba muriendo con dos balazos en el vientre, por la mano de su novia, en el moleskín de un taxi.

1 *Panurge* del 16 de diciembre de 1932.

La guerra, África, América, los bastidores de un cine, el barrio, las afueras, la medicina, todo pasa por sus 600 páginas, arrastrado por un río de frenesí.

Un libro patético, con frecuencia indignante, más verdadero que la vida.

El doctor X se ha sentado después de haberme recibido, ha bajado la lámpara y ahora yo ya sólo veo los ojos del Sr. Celine, que habla muy rápido, con un tono entrecortado, unos ojos cuya mirada es como crispada, ojos intensamente dolorosos, ojos como para hacer llorar.

—¿Una autobiografía, mi libro? ¡Venga, hombre! Mi vida es mucho más simple y mucho más complicada que eso. ¡No! El Sr. Céline —vamos a hablar sólo de él, ¿no?— es un enfermo. Herido de guerra, reservista y otra cosa más. Cuando le hablo en este momento, tengo un tren en el oído izquierdo, un tren en la estación de Bezons. Llega, se detiene y vuelve a arrancar. Ahora ya no es un tren; es una orquesta. Ese oído está perdido. Ya sólo oye para hacerme sufrir. Ya casi no puedo dormir.

»Por el día trabajo para ganarme la manduca, la de mi madre y de mis dos críos. Por la mañana hago literatura farmacéutica. Por la tarde estoy en el dispensario. Después, me emborracho con el cine. Cuanto más idiota sea, más me gusta, pero, ¿qué hacer por la noche cuando no duermes? Escucho en mi oído a la loca de la casa. Me cuenta, vamos, desde hace seis años que llevo escribiendo este libro. Como tengo temperamento obrero, comienzo otro, pero antes quise averiguar si podría editar mi *Viaje al fin de la noche* por mi cuenta. Mi editor se hizo cargo de él y desde entonces comenzaron los problemas. Me persiguen, me angustian. Incluso mi madre lo sufre. ¿Qué puede importarles lo que yo piense? El médico que soy no piensa. Escribe para la farmacia. Atiende a los del dispensario».

«Céline esta chiflado, ¡eso es todo!».

«¿Una autobiografía, mi libro? Es un relato a la tercera potencia. Céline hace delirar a Bardamu, quien dice lo que sabe de Robinson. No se debe ver en ello fragmentos de vida, son un delirio y, sobre todo, falta de lógica. Bardamu no es más verdadero que Pantagruel y

Robinson más que Picrochole. No se pueden comparar con la realidad. ¡Un delirio!

»¿El fondo de la historia? Nadie lo ha comprendido. Ni mi editor ni los críticos ni nadie. ¡Usted tampoco!

»¡Ahí está! Es el amor del que osamos hablar aún en este infierno, como si se pudieran componer cuartetos en un matadero. El amor imposible de ahora. Robinson lo busca como cada cual, con el dinero, ese otro bien indispensable. Por fin acaba encontrando un sitio tranquilo, rentas, una mujercita que lo ama. Sin embargo, no puede resistir allí. Necesita partir cuando tiene la felicidad burguesa a mano, una casita, una esposa cariñosa, unos peces rojos. Piensa que está loco por ser así. Se marcha. Madelon lo persigue. Ella no cree que esté loco y él lo comprende también. Simplemente no es lo bastante egoísta para ser feliz. Su queridita lo acosa. No entiende nada. Él, para escapar y salir de sí mismo, quisiera ser heroico a su manera, pero no sabe cómo.

»Al final, en el taxi lo descubre. Dice a Madelon que no es ella, sino el universo entero, lo que aborrece. Lo dice como puede y acaba muriendo.

»Nadie lo ha comprendido. Es un fracaso, ¡eh!, mi libro. ¡Pues claro que sí! ¡Claro que sí! Lo sé de sobra. Lo he comprendido cuando he tenido que releerlo. Si yo tuviera la fuerza de Dostoyevski, volvería a escribirlo. Entraría de nuevo en la vida, dando un golpe a derecha y otro a izquierda, pero ya no me queda fuerza. Tengo cuarenta años, estoy enfermo. Soy un hombre acabado. Con sólo que haya en este libro tres páginas de las seiscientas que valgan algo, me bastará.

»¿Mis maestros? Médicos. Follet el primero, de la Universidad de Rennes, un gran hombre, que dirige en la Sociedad de Naciones la lucha contra las epidemias, que me quiere como si fuera su hijo y me ha hecho viajar, y también una bailarina americana, que me ha enseñado todo lo relativo al ritmo, la música y el movimiento.

»¿Los muertos? He devorado sus libros, pasando las de Caín, trabajando, con mis manos primero, después aguantando lo mío para aprobar el bachiller y después esforzándome para aprobar el doctorado.

»¿La literatura actual? Las tres cuartas partes valen menos que una nota de observación clínica, más segura.

»Se ha dicho que yo anhelaba los premios literarios; no me hagáis reír. Soy candidato a la tranquilidad. Por lo demás, no puede haber un hombre razonable para interesarse por el delirio de los «míos».

4. Entrevista con Paul Vialar (*Los anales políticos y literarios*)

Denoël y Steele, los editores de Louis-Ferdinand Céline, que son unas personas encantadoras, me habían dicho: «No lo verá usted». Y me habían enseñado su última carta, en la que leí esto: «Que me dejen en paz, os ruego que no deis mi fotografía a nadie; un anarquista no es fotogénico». Conque esto es lo que me ocurrió... Algo así como un «viaje al fin de la noche», por decirlo así.

Subí a la rue Lepic, me detuve un poco más arriba del Moulin de la Galette, delante de una casa leprosa como el anochecer. Abrí una verja. ¿Cómo pasé por delante de una portera de pelo blanco y que olía al guiso dominical? ¿Gracias a qué sortilegio subí, antes que otros, la escalera de un edificio bastante moderno que cerraba el patio? ¿Por qué pregunté por el «doctor Destouches»? ¿Quién me abrió...? En un interior sencillo, pero de buen gusto, vi a un hombre, un buen mozo, alto, sin nada excepcional, sino, como única luz de ese rostro, dos ojos admirables, a ratos crueles y a ratos tiernos. Y creo que aquel hombre, en la penumbra, se puso a hablar con voz muy alta.

—Nací en Asnières, en 1894. Mi padre, primero profesor y después apartado del servicio, trabajaba en el ferrocarril, mi madre era costurera. A los doce años, entré en una fábrica de cintas. Así estuve hasta la guerra: herido en 1914, trepanado, enviado a la reserva, medalla militar. Durante mi convalecencia, empecé a estudiar Medicina. No pude continuar; había que vivir; partí para África. Allí, la cosa no funcionó, conque regresé. Escribí una tesis sobre un médico obstetra vienés cuya vida es un ejemplo de lucha por la Humanidad y contra la estupidez. Me nombraron doctor, pero yo quería conocer Améri-

ca. Me contrataron como médico a bordo de paquebotes. ¿Después? Volví a África con la misión encargada de luchar contra la enfermedad del sueño. ¿Ahora? Trabajo en un dispensario. Mi madre vive representando especialidades farmacéuticas.

»Lo que me interesa por encima de todo es escribir, decir lo que debo decir, con pasión; no podría hacerlo de ninguna otra forma. He tardado varios años en redactar *Viaje al fin de la noche*. Necesitaré tal vez cinco años para escribir el libro que he comenzado. Quiero que sea como una catedral gótica. En él se verán los buenos y los malos, asesinos y albañiles, todos revueltos al principio y después todo se ordenará, si tengo la fuerza para ello, como en una catedral.

»Hace falta mucho tiempo para concebir un libro y para escribirlo. Mire, *Viaje al fin de la noche* fue al principio una obra de teatro. Se llamaba *La iglesia*. Jouvett y Dullin la tuvieron en sus manos. No debía de ser representable. ¿La novela? Bueno, pues, fíjese, llegó a tener cincuenta mil páginas, en las que corté y podé; hubo que mecanografiarlo doce veces. ¿Mi estilo? Cuando lo rebajo a la familiaridad y la grosería, es porque así quiero que sea.

»¿Cómo me editaron? Entregué mi manuscrito sin el nombre del autor ni su dirección. Por casualidad, el paquete hecho con un papel que había servido a mi señora de la limpieza para envolver sus zapatillas tenía una etiqueta. Gracias a ella se supo mi nombre y por esa razón adopté un sinónimo, porque me burlo de mí mismo, como de los premios y del oficio literario».

Un escritor que pronuncia semejantes palabras en 1932. ¡Seguro que lo he soñado!

5. Entrevista con George Altman (*Monde*)

Vacilé antes de conocerlo.

La conmoción de su libro había sido tan fuerte, aquella acerba y nueva novela-río sobre el dolor de la vida nos había angustiado tanto, que queríamos quedarnos bajo el hechizo de la obra, mucho más que un trivial conocimiento del escritor.